

fuerza nueva



"A los pueblos no les han movido nunca más que los poetas. Pero ¡ay! del que no sepa levantar, frente a la poesía que destruye, la poesía que promete."

En el teatro Bellas Artes

«7.000 gallinas y un camello»

CON un montaje barroco, que hubiera hecho las delicias de José de Churriguera de haber vivido en nuestra época, se ha estrenado, ¡por fin!, "7.000 gallinas y un camello", obra de teatro de autor novel: Jesús Campos García, galardonada con el Premio Lope de Vega, máxima recompensa hispánica e instituido por el Excelentísimo Ayuntamiento de Madrid. No es el momento de hacer historia ni balance de estos premios Lope de Vega; sólo a título de referencia diremos que, a pesar de llevar muchos años concediéndose, sólo han dado dos nombres que luego significarían algo en el mundo del teatro: Alejandro Casona y Buero Vallejo. Los demás autores premiados hace mucho tiempo que yacen en el desván de los recuerdos sin que se volviera a saber más de ellos. Consciente nuestro Ayuntamiento de todo ello —en complicidad con el Ministerio de Información y Turismo—, y siendo preceptivo en las bases del concurso estrenar las obras premiadas durante la temporada en un teatro nacional, el estreno se verifica con varios años de retraso y a la llegada de junio, cuando la gente ya anda pendiente de las vacaciones, a fin de que pase lo más inadvertido posible y permanezca el mínimo tiempo en cartel.

• • •

No ha sucedido así —en parte— con esta obra de Jesús Campos García. Ciertamente es que se ha estrenado con retraso, más aún por el incendio del teatro Español ocurrido el pasado año y cuando estaba todo a punto para la presentación en sociedad de las gallinas y el camello, pero en cambio ha visto la luz de las candelillas el Domingo de Resurrección, con lo que, en lugar de los quince días habituales de actuación para estos casos, se verá ampliado el cupo a lo menos mes y medio de actuaciones, si no hay otro siniestro que dificulte estos planes, claro. En lugar del teatro Español, por las razones indicadas, ha sido el teatro María Guerrero el marco que ha servido de presentación de la obra. Ni uno ni otro teatro eran el lugar más idóneo para la presentación de este espectáculo. La obra no tiene calidad, ni categoría, ni actores, ni texto para ello. Comprendiéndolo así, el mismo grupo que la interpreta dice en el programa de mano: "... Las características de un teatro nacional, unidas a las necesidades de reparto, desdibujan en cierto modo la imagen que tenemos; no es que nos importe demasiado, pero

nos interesa aclarar aquí..." No obstante, el Ministerio y el Ayuntamiento citados, a pesar de esta evidente ingratitud, han cumplido con su deber estrenando la obra donde correspondía. Quizá el grupo Taller de Teatro hubiera preferido un garaje o una fábrica o una plantación de tabaco para representar su obra, pero por esta vez se han tenido que conformar con uno de los más bellos y burgueses teatros que tenemos en la nación y, desde luego, a la italiana.

• • •

"7.000 gallinas y un camello" tiene como máximo responsable al mencionado Campos García porque, aparte del texto, es autor del espacio escénico, del montaje y nos tenemos que de la música. Es Charles Chaplin en persona. Como él, ha dirigido a los actores y los ha elegido; ha pintado los decorados; ha buscado las gallinas —vivas, por supuesto— y el camello; ha llevado —por así decirlo— la producción personalmente; a él, pues, y sólo a él, nos tenemos que dirigir para decirle que no es por ahí, que está equivocado, que así no se va a ninguna parte. Porque si bien es cierto que hay una indudable capacidad

creadora escenográfica, tampoco es menos cierto que ésta es tan costosa que se hace inviable para presentarla en un teatro que no sea subvencionado y que, por otro lado, resulta del todo innecesaria. Por mucho realismo que le queramos poner a una comedia, siempre se nos quedará en teatro. Por tanto, no es necesario en forma alguna sacar el agua de verdad, cubo tras cubo, de un río, si éste hay que construirlo en un escenario; ni es necesario que las gallinas sean auténticas; ni que surja una auténtica miniorquesta sinfónica, que luego después vamos a escuchar en música grabada; o un auténtico grupo moderno músicovocal, para la actuación de minuto y medio, ni las luces psicodélicas sin una consecuencia lógica de lo expuesto. Todo esto no son sino alardes de "capitalismo", del que está muy sobrado la escena española, sobre todo la oficial, y cuando los presupuestos se recortan para tantas otras cosas más útiles y necesarias, y cuando se tienen muchos millones de déficit, la presentación de esta obra rompe un poco con la política de austeridad que se había marcado la nueva Dirección General de Teatro. No podemos quejarnos de los números rojos por un lado y echar la casa por la ventana por el otro. Ni la obra ni

las bases del concurso del Premio Lope de Vega indican para nada los millones que se invertirán en el montaje, y esta obra no los necesitaba. Lo importante es el texto, la obra, su parte literaria, y no lo costoso y barroco del marco. Mala tela tiene que ser aquella que necesita de muchos adornos para ser expuesta. Y en las sucesivas obras que escriba el señor Campos García, si es que las escribe, claro, habrán desaparecido como por encanto todos estos lujos escenográficos por la sencilla razón de que no habrá ni una sola empresa privada capaz de sufragarlos. Ni el esquematismo de Jacques Copeau, ni esa abigarrada mezcla de Gabriel d'Annunzio, Paul Fort, Gordon Craig, José de Echegaray y Cecil B. de Mille. Porque, al fin y a la postre, lo que cuenta es el resultado, y el resultado es una comedia reaccionaria que pretendió ser socialista, quizá por ese afán burgués que late en el corazón de todo español bien nacido. Si el texto no dice nada, resulta estéril el adorno ambiental. Y la obra no dice nada, es decir, si dice; dice palabrotas y porquerías propias de la actual situación en que vive la escena española. Y lo peor no son las palabrotas, sino la gracia que éstas le hacen al "respetable", al menos el día del estreno. Y luego, el escapismo burdo de la realidad.

• • •

Le recomendamos al novel Jesús Campos García que si de veras quiere ser autor dramático, se deje de hacer filigranas con la escenografía y se dedique a escribir en serio, a decir cosas importantes, o al menos a aprender la técnica y las unidades básicas de construcción de una comedia, sin las cuales el público pierde atención y se aburre; a acortar escenas en exceso largas o reiterativas; a tratar de hacer jugar con todas las figuras del drama y no con escenas de sólo dos personajes; a crear las básicas lógicas del edificio argumental, pero tratando de llegar al nudo y al desenlace, sin quedarse en la epidermis de una mera exposición, y hacer, si lo prefiere, una crítica social auténtica, de la cual tanto estamos necesitados en lugar de irse a un simbolismo con algunas visiones oníricas propias de un sueño de verano. De otra forma nos vamos a un reaccionarismo —y va de ismos— en el cual no sospechábamos hubiese caído nuestro infatigable compatriota Jesús Campos García, último y flamante Premio Lope de Vega, al que le esperamos en la próxima para felicitarle.

Ristos